

en la mayor parte de los casos, en el error habitual de la historia política tradicional: la «personalización» de los conflictos, olvidando o minusvalorando los factores de base que determinan la actuación de los diversos sectores o grupos en oposición. Así, da la impresión de que las actitudes radicales del movimiento obrero vasco en los años 1890-1910, se derivan más de las características personales de Perezagua (hombre «de retórica violenta, educación rudimentaria, autoritario, inflexible y austero, enérgico e intransigente», según la descripción especialmente negativa en todo el libro de Fusi) que de las condiciones objetivas que determinaban el nivel de vida y las relaciones laborales de los obreros vascos. De la misma forma, la moderación en las actitudes obreras, sobre todo en los años inmediatamente posteriores a la primera Guerra Mundial, parecen deberse más a la influencia de Indalecio Prieto sobre las organizaciones socialistas de la zona, y a los pactos tácitos o explícitos de Prieto, que a las modificaciones en dichas condiciones objetivas. Lo que no se explica, entonces, es por qué en un período determinado surge y triunfa un líder con unas características peculiares, totalmente distintas a las de los dirigentes de los períodos precedentes o siguientes.

La misma simplificación lleva a reducir las actividades políticas a las puras luchas electorales, y a hacer derivar de las consideraciones electorales todo el conjunto de actitudes estratégicas y tácticas del movimiento obrero. Limitándonos a esta óptica, es evidente que la conclusión fundamental de Fusi se impone por sí misma. En un país en el que los socialistas no consiguieron un acta de diputado hasta 1910, y donde hasta 1923 fueron una minoría despreciable en el Parlamento, se puede pensar que la movilización obrera tuvo un impacto muy pequeño sobre la política española. Pero si entendemos el campo de la política de forma más amplia, la conclusión citada pierde su carácter de evidencia. En el caso del Partido Socialista, las declaraciones constantes de sus dirigentes (en concreto, de Pablo Iglesias) demuestran que su objetivo máximo no era conseguir el mayor número posible de diputados. Por el contrario, normalmente se entendió que el triunfo parlamentario era un medio para el logro de los

auténticos objetivos: la difusión de la doctrina entre la clase obrera, el desarrollo de las organizaciones políticas y sindicales de ésta, y la presión sobre los patronos y el Estado para conseguir mejoras laborales en las distintas empresas o ramas productivas y en el conjunto del país. En este sentido, el índice de incidencia de la movilización obrera sobre la política española debería ser, más que los triunfos electorales, la conquista de una legislación laboral favorable a la clase obrera; y aquí sí que se puede afirmar que el impacto fue bastante superior —sobre todo desde comienzos de siglo— a lo que Fusi piensa.

Pero estas críticas al método empleado por el autor no son obstáculo para reconocer las virtudes de su libro. La actitud crítica con que se ha enfrentado a la historia obrera, y la introducción de los factores políticos y personales en la explicación de la misma (aunque, como ya hemos señalado, cayendo a veces en una posición a nuestro juicio simplista en exceso) han permitido a Juan Pablo Fusi realizar una labor de desmitificación necesaria para contrarrestar las apologías al uso de los «redentores del obrero», y presentar un conjunto de hipótesis polémicas y sugestivas que pueden relanzar la investigación por caminos hasta ahora poco explorados. Unido a ello, el rigor en la investigación y presentación de los datos, la utilización de una masa documental muy abundante, en la que se combinan las fuentes hemerográficas de distintas corrientes políticas con los documentos procedentes de archivos oficiales o privados, y la claridad y la brillantez de la narración hacen de su obra uno de los trabajos más importantes, y también más discutibles, de la historiografía reciente sobre el movimiento obrero español.

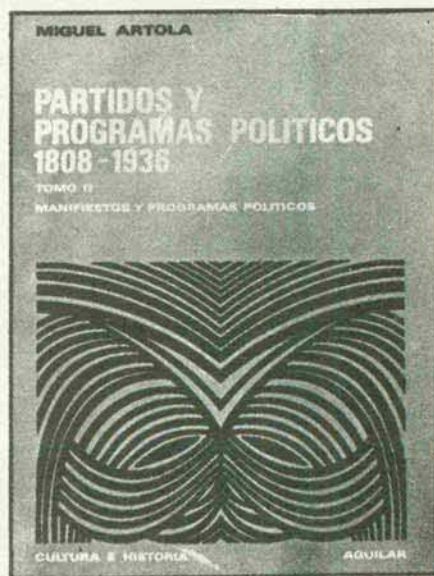
Los investigadores que se ocupen en adelante de la historia obrera del País Vasco, y del resto de España, durante el período 1880-1923, podrán discrepar de sus análisis, rebatir sus hipótesis y señalar las insuficiencias de sus planteamientos teóricos. Pero tendrán por fuerza que tener en cuenta la información recogida por Fusi, y deberán repensar y precisar sus planteamientos metodológicos, a la luz de las críticas de Fusi, y también de las limitaciones de la perspectiva de este autor. ■ **MANUEL PEREZ LEDESMA.**

## LOS PROGRAMAS DE LOS PARTIDOS

Toda aspiración política necesita plasmarse en un documento que permita dar a conocer al resto del cuerpo nacional la existencia del grupo patrocinador de la misma, las premisas que éste considera necesario alcanzar, aunque sea en un grado mínimo, a fin de ordenar el funcionamiento de la sociedad en el sentido preconizado.

Gracias a esto, y fruto de una encoiable recopilación, ha sido posible la aparición del tomo II de la obra del profesor Artola «Partidos y programas políticos 1808-1936» (Editorial Aguilar, 1975) y de cuyo primer tomo ya nos hemos ocupado en estas mismas páginas (1). En este segundo tomo han sido recogidos 112 manifiestos y programas, cronológicamente comprendidos entre 1834 y 1936. Conviene comenzar señalando cómo las fechas elegidas no lo han sido arbitrariamente. En 1936, año en que se inicia nuestra última guerra civil, quedan desplazados los partidos políticos. Por otro lado, hasta la crisis promovida por la cuestión sucesoria surgida a la muerte de Fernando VII, no aparecen los primeros escarceos para consolidar aquellos grupos que reclaman para sí una parcela más o menos grande de poder. Consecuentemente también y en la obra así se recoge, al menos

(1) TIEMPO DE HISTORIA, N.º 3.





hasta el periodo de la I República la mayoría de los programas pertenecen a aquellos sectores que intentan modificar la legalidad vigente mediante la ampliación de los derechos que les permitan el acceso a otros órganos de poder; es decir, los programas y manifiestos son en su mayoría de carácter liberal, y no aparece prácticamente ninguna formulación teórica justificativa de los grupos en el poder, ya que éstos se conforman con detentarlo lisa y llanamente. Destaquemos por su sencillez el programa mantenido por el «Repúblicano», que en 1841 publica una proclama defendiendo un «periodo constituyente» de evidente modernismo por cuanto defiende la elección —a través de todos los miembros de cada comunidad— de sus funcionarios, o en cuanto postula la revocabilidad de éstos por los mismos que los eligieron o, por último, cuando anuncia que «el pueblo por sí mismo puede hacer la revolución sin dejarla en manos de corifeos ambiciosos que le estafen, como los de septiembre, y sólo aseguren su dominación».

El primer programa formulado como tal por un partido político, es el del Partido Democrático de 1849. Para los «demócratas», los más avanzados dentro de la burguesía en ascenso, es urgente hacer una formulación clara y definitiva de cómo debe ser regida la sociedad, y ello no tanto por motivaciones morales, de alcanzar la mayor felicidad al mayor número posible de españoles, sino para evitar que el ciclo revolucionario que se ha producido en Europa (1848) pueda influir —por la inestabilidad que introduce— en la marcha de sus florecientes negocios (y para un «demócrata» «su» negocio es el «negocio» nacional). Sin embargo y aunque podamos fácilmente encontrar motivaciones espúreas en su programa, no podemos negar que su consecución hubiera supuesto un paso de gigante en nuestro ordenamiento jurídico, al conseguir derechos como el de asociación, reunión, manifestación, etc., e incluso la abolición de la pena de muerte, aunque sólo fuera para los presos políticos.

Lógicamente, con el transcurso del tiempo los programas proliferan en cantidad y sobre todo en variedad, ya que la clara dicotomía entre conservadores y liberales se pierde al tomar conciencia la clase obrera de su ne-

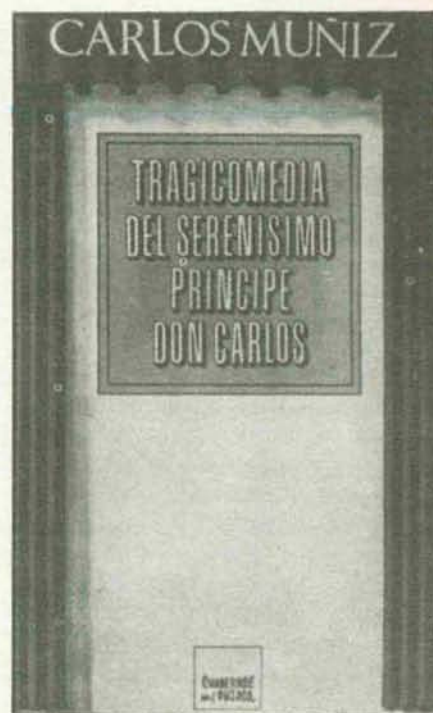
cesidad de luchar, como clase, para la consecución de sus ideales, lo que motiva a su vez la escisión de los liberales según sea su grado de tolerancia hacia éstos. Escisión que, por otra parte, es producida desde dentro de su propio grupo al aparecer entre ellos las contradicciones que se han presentado entre los distintos intereses económicos que defienden: comercial, latifundistas, monopolistas, etc.

Para terminar y por su carácter de anécdota, señalemos las aspiraciones formuladas en el «bosquejo del programa integrista» de 1909. Sus promotores, después de justificar su amor a España por ser ésta la «nación más cristiana de la tierra», pasan a proclamar la «soberanía social de Jesucristo». Son perfectamente claros en el régimen de vida que desean para el resto de los españoles: así, en el apartado referente a las libertades y después de adjetivarlas como de «perdición», señalan que «abominan de la libertad de conciencia, de pensamiento, de cultos, y de todas las libertades de perdición con que los imitadores de Lucifer perturban, corrompen y destruyen a las naciones...». ■ **VALENTIN MEDEL ORTEGA.**

## LAS DIFICULTADES DEL TEATRO HISTORICO

Todavía ocupaban los Austrias su regia mansión del Alcázar de Madrid, no había pasado un siglo de la muerte trágica y oscura del príncipe Don Carlos (1545-68), hijo de Felipe II, heredero de la Corona y del Imperio, cuando Ximénez de Enciso, un escritor de segunda fila en el agitado mundo teatral, escribía una obra centrada en este personaje y en los enfrentamientos y agrias querellas con su padre, el Rey. La realidad, la suposición y la leyenda se entremezclan confusamente en torno a las circunstancias que rodearon la vida del príncipe, sus conflictos personales, sus ciertas o falsas tomas de posición políticas o religiosas, sus complejos, su irrenunciable odio al padre, su amor a la Reina Isabel de Valois, etc.

No es de extrañar que un personaje de estas características fuera exal-



tado por escritores románticos como Alfieri o Schiller, animados por la evocación de aquella España en claroscuro que les servía de fondo, con el mundo sórdido y opresivo de la Corte del Rey Felipe que les permitía enfrentar los ideales individualistas del romanticismo burgués a la corrompida monarquía absoluta, el ansia de libertad al oscurantismo y la opresión. De forma natural también, Don Carlos se convertía en tema operístico para un romántico hasta el tuétano: Giuseppe Verdi.

Otros autores se han ocupado después de la vida y muerte del príncipe Don Carlos, pienso, por ejemplo, en el italiano Bruno Cicognani, cuya obra fue traducida al castellano y editada en la Argentina. Ahora ha sido un dramaturgo español, **Carlos Muñiz**, quien aborda el asunto en su «Tragicomedia del Serenísimo Príncipe Don Carlos», que tras diversos lances censurales que el autor relata en su prólogo, ha visto la luz en forma de libro<sup>1</sup>.

Diré, en primer lugar, que el texto de Muñiz posee una cualidad rara en el teatro español de la posguerra: su rigor, o búsqueda del rigor histórico. En lugar de situarse por encima de los hechos, subjetivar unas cuantas referencias generales, tomarlas como pretexto intentando un paralelismo directo y mecánico con nuestra realidad, Muñiz subraya sus situaciones escénicas con un aparato

<sup>1</sup> Editorial Cuadernos para el Diálogo, Madrid, 1974.